

Enrique Amorim

## Romance del contrabandista negro <sup>(1)</sup>

Negro peón de las horas,  
carrero de cargas lentas  
—esponjadas de vellones  
de mil difuntas ovejas—.

Carrero que pone pausas  
de caña, por carreteras  
alargadas de veranos  
que hacen añicos las ruedas.

Carrero que en el invierno  
recorre las negras huellas  
con un paso de esqueleto  
que calza rotas espuelas.

---

(1) Enrique Amorim es uno de los escritores jóvenes de más calidad de la literatura uruguaya. *El Paisano Aguilar*, novela de campo, publicada en la editorial *Los Amigos del libro Rioplatense*, mostró la magnífica fuerza interpretativa de este novelista. *Paisano Aguilar* es la novela del gaucho, pero del gaucho tomado en su propia realidad, después de las múltiples transformaciones sufridas por el habitante de la pampa en su contacto con el extranjero. El romance que damos es una muestra más de la fina sensibilidad de este escritor.—(N. de la D.)

Filtra el silbido los montes,  
despertando por las selvas  
las ánimas empapadas  
de rocíos y de estrellas.

Madura el viaje en los ejes  
y se pudren en las carretas  
tabaco de contrabando  
de las tierras brasileñas.

Embiste el pértigo agudo  
las murallas de las leguas,  
mientras los bueyes cansinos  
vagos establos husmean.

El horizonte y el yugo—  
dos paralelas perfectas—  
cierran el arco del cielo  
y la carreta se adentra.

Negro peón de las horas  
el destino jinetea  
y ya viejo, sólo sabe  
del corcovo de las sierras.

Si su labio se humedece  
porque lejana recuerda,  
la caliente pulpería,  
los ojos del alma cierra,

muerde el cigarro de chala,  
se mete hasta las orejas  
un sombrero, cuya forma  
se la dieron las tormentas,  
y mordiéndose los labios  
picanea.

Pájaros libres del suelo  
vuelan sobre su cabeza.  
Golondrina vagabunda  
cruza su aguda saeta  
y en el instante la marcha  
al parecer se aligera,  
para volver de repente,  
a tornársele más lenta.

Rumian distancias los bueyes,  
el silencio es torvo y pesa,  
mientras mastica, de negro:  
bochorno, calma y páciencia.

A la entrada de los pueblos  
los árboles se hacen señas  
y hazañas de barro y paja  
el horizonte le quiebran.  
Cuando acechan sus espaldas:  
intenciones de las puertas,  
quijadas de callejones  
y cerrilladas le esperan.

En el viento pasa el polvo  
y en el viento va la flecha  
del relincho de los potros  
al blanco de la querencia.  
El negro contrabandista  
sobada tristeza deja  
en los claros manantiales:  
posadas de su pereza.

Las orejas del caballo  
enhiestas, altas, alertas,  
vibran igual que las llamas  
de las fogatas despiertas.

Y, firmes, van hermanadas  
en la noche, dos horquetas:  
hacia el cielo, la que forman  
las orejas de la bestia,  
y para abajo la otra  
tambaleante de las piernas  
del negro que calza insomnio,  
... insomnio, por estriberas.

El alquitrán de la noche  
pasa por sus manos negras,  
como pasan escarceos  
del caballo por las riendas.

Rompe las mallas del día  
el ímpetu de su empresa.

Al vertical sol de plomo  
con broncos gritos arrea  
y le han visto como tábano  
a la hora de la siesta,  
poner punta a la picana,  
sacarle punta a su fuerza.

Contrabandista de sombras:  
toda una vida te cuesta  
ejercicio de la astucia  
y escaramuza que juega;  
que naipes hay escondidos  
para toda tu ralea  
y barajarlos acaso  
las manos chamusca y quema.

Contrabandista del miedo,  
viajero de incierta meta,  
en el saco del pellejo  
el valor contrabandeas.

Negro peón de las horas  
salido de la frontera,  
a dos patrias pertenece  
la lenta carga que llevas.  
Contrabandiando un destino  
pasas por este poema.  
En blanda cárcel te encierro  
y mi recuerdo te premia.